

LIBRO SEGUNDO

LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS DESDE 1286 Á 1328 (1)

CAPITULO PRIMERO

LOS ÚLTIMOS CAPETOS DIRECTOS

I. Felipe *el Hermoso* y sus hijos.—II. Los familiares de los últimos Capetos directos.

I.—Felipe «*el Hermoso*» y sus hijos

En los escritos contemporáneos de Felipe *el Hermoso* y de sus hijos no hay nada ó casi nada relativamente á la persona de los reyes. Es preciso, pues, resignarse; no se sabrá nunca quién era Felipe *el Hermoso*; será siempre imposible desempatar á los que dicen: «Fué un gran hombre,» y á los que dicen: «Lo dejó hacer todo.» Este pequeño problema es irresoluble.

Las fuentes que permiten formarse una idea de un personaje son sus escritos, las relaciones de gentes que los han conocido, ó que, sin haberlos conocido, han reunido todos los rumores de la voz pública referentes al mismo.

Ahora bien, las cartas de Felipe *el Hermoso* y de sus hijos se cuentan por millares. Fuerte es la tentación de recoger en ellas algunas frases—y las hay muy sonoras—y de atribuir á Felipe ó á sus hijos los sentimientos que aquéllas expresan. Pero es preciso resistir á dicha tentación, porque las cartas y las instrucciones en esa época expedidas á nombre de los reyes, en las cancellerías reales, no estaban dictadas por ellos. Estaban redactadas por notarios, y la mayor parte de las consideraciones generales que contienen son fórmulas consagradas (2). Es cierto que algunas de ellas tienen acento;

(1) FUENTES.—Con muy raras excepciones, las crónicas de ese tiempo se han publicado, sea en los *Historiens de la France* (tomos XX-XXIII), sea en las colecciones correspondientes de los países vecinos; pero el tomo XXXII de la *Histoire littéraire* (1898) no acaba la enumeración de los otros textos literarios anteriores al advenimiento de los Valois. Muchos documentos de archivos (cartas, cuentas, informaciones, etc.) son inéditos y no se han utilizado. Son necesarios todavía grandes trabajos preparatorios; algunos están actualmente en vías de ejecución.

OBRA DE CONSULTA.—El libro de E. Boutaric, *La France sous Philippe le Bel* (1861), ha gozado mucho tiempo de una gran autoridad; pero las investigaciones del mismo M. Boutaric y de otros eruditos han renovado la mayor parte de las cuestiones planteadas más bien que profundizadas en esta obra. Los reinados de Luis X, de Felipe V y de Carlos IV han sido respectivamente estudiados por los señores Renvoisé (*Thèse de l'École des Chartes*, 1889), Lehugeur *Histoire de Philippe le Long*, tomo I (1886). Las principales monografías se citarán en sus lugares respectivos.

(2) Este es el caso, por ejemplo, del célebre preámbulo de una carta de Luis X para la manumisión de los siervos del señorío

pero nada autoriza á pensar que el príncipe sea el autor, ni aun el inspirador, de los raros documentos cuyo estilo es verdaderamente original; en todo caso, carecemos de medios para distinguir lo que es del rey y lo que es de los ministros. En resumen, desde el punto de vista de que se trata, no hay nada que hacer de los documentos diplomáticos.

Ni Felipe *el Hermoso* ni sus hijos tuvieron un Joinville; ninguno de los hombres que estuvieron en relaciones ordinarias con ellos consignó por escrito sus dichos, sus hechos ni sus gestas.—Únicamente Guillermo de Nogaret, uno de los familiares de Felipe *el Hermoso*, dejó un esbozo del mismo; pero es un fragmento de aparato, apologético, oratorio y vago: «El rey, mi señor, dice Nogaret en una de las memorias que escribió á propósito del asunto de Bonifacio, es de la raza de los reyes de Francia, que han sido todos, desde el tiempo del rey Pepino, religiosos, fervientes campeones de la fe, vigorosos defensores de la Santa Madre Iglesia... Ha sido antes, durante y después de su casamiento, casto, humilde, modesto de aspecto y de lengua; jamás monta en cólera; no aborrece á nadie; no envidia á nadie; ama á todo el mundo. Lleno de gracia y de caridad, pío, misericordioso, persiguiendo siempre la verdad y la justicia, jamás la murmuración encuentra sitio en su boca. Ferviente en la fe, religioso en su vida, construyendo basílicas, practicando las obras de piedad, de hermoso semblante y de aspecto encantador, agradable á todos, hasta á sus enemigos cuando están en su presencia, Dios hace á los enfermos milagros evidentes por sus manos.»

Algunas historietas se han contado por personas que han visto por sus propios ojos á los últimos Capetos directos; pero tienen muy poco interés.—Uno de los testigos oídos en el proceso de Bernardo Saisset, obispo de Pamiers, refirió que el obispo, hablando de Felipe *el Hermoso*, le había dicho: «Nuestro rey se parece al buho, el más hermoso de los pájaros y que no vale nada; es el hombre más bello del mundo, pero no sabe más que mirar con fijeza á las gentes, sin decir una palabra.» El obispo habría añadido: «No es un hombre ni una bestia; es una estatua.» El toscano Francisco de Barberino, que vino á Francia para sus asuntos, de 1309 á 1313, quedó extrañado de la afabilidad del rey de Francia, que delante de él devolvió el saludo á tres

real, que invoca el derecho natural de toda criatura humana á la libertad. Se encuentra también dicho preámbulo en una carta de Carlos de Valois, de 9 de abril de 1311 (*Ordonnances*, XII, 387). Por lo demás, esto era un lugar común de la retórica de la Edad media. (Véase la pág. 36.)

rufianes (*vilissimi ribaldi*), les dejó acercar y escuchó pacientemente sus quejas.—Ivo, monje de Saint-Denis, que asistió á los últimos momentos de Felipe, ha descrito su fin devoto, parecido á todas las muertes devotas. Lo mismo que San Luis, Felipe *el Hermoso*, aunque moribundo, se habría negado á tomar «unas yemas mejidas,» porque era día de ayuno. Habría pronunciado palabras edificantes; habría exhortado á su hijo mayor á amar á Dios, á reverenciar á la Iglesia, á defenderla, á concurrir asiduamente á los Oficios, á rodearse de gente de bien, á vestir modestamente. Habría también hecho tristes reflexiones, impresas de una gran trivialidad, «(sobre la miseria de las grandezas humanas.» El mismo monje se aventuró á trazar un retrato de cuerpo entero del rey que había visto morir, pero á quien, por otra parte, conocía muy poco; sus descoloridos y dulzones epítetos no nos enseñan gran cosa: «Este rey, dice, era muy hermoso, bastante ilustrado, afable de aspecto, de costumbres muy honestas, humilde, apacible, demasiado humilde, demasiado apacible, exacto á los Oficios divinos. Esquivaba las malas conversaciones. Practicaba el ayuno; llevaba cilicio; se hacía administrar disciplinas por su confesor con una cadencia, *cum quadam catenula*. Sencillo y benévolo, creía que todo el mundo estaba animado de excelentes intenciones; esto le hacía ser confiado en demasía, y sus consejeros abusaban de ello.»

Todos los demás informes que se encuentran en las crónicas, contemporáneas ó posteriores, son rumores populares. No tienen otro valor que el ser expresión de lo que el público creía.

Los contemporáneos de Felipe *el Hermoso* creyeron, si se ha de juzgar por las afirmaciones concordantes de Villani, de Godofredo de París y de varios autores anónimos, que el rey tenía un carácter débil; el interpolador del romance de *Fauvel*, que no tiene en esto, dígame lo que se quiera, «el mérito de la originalidad,» lo calificó de «bonachón.» Todos están acordes en decir que era hermoso, blanco y rubio, alto y fuerte, «lleno de gracia, de dulzura y de rectitud,» y que se dejaba llevar ciegamente por aquellos que habían ganado su confianza. Un anónimo le acusa, en una diatriba en latín que data de los primeros años de su reinado, de ser intemperante, apasionado hasta el exceso por la caza, y de rodearse de «villanos,» traidores, ladrones, insolentes; á éstos obedece el rey (*quasi servus obedit*) y descuida sus deberes. Godofredo de París, el novelista parisiense, cuya obra empieza en 1300, no acaba sobre este tema. Nuestro rey, dice, es un indiferente, un «alcotán;» mientras los flamencos obran, él pasa el tiempo en cazar:

*Et li roys si sonnoit ses cors
Par les forez, chaçant les pors
Et les oisiaux qui sont volages,
Et les Flamans prenoient ostages... (1)*

Es un niño; no advierte de que es engañado y explotado por sus familiares:

*Les receveurs ont l'avoir
Et le roi a le nom de prendre...
Et le Conseil le roy prent et part,*

(1) «Y el rey va sonando el cuerno por los bosques, cazando los jabalíes y los pájaros que vuelan, y los flamencos van cogiendo rehenes...»

*Et le roy a la mendre part...
Mes le roi ne deüst plus estre
Enfant; assez pouüst connaître
Qui li donne ou pain ou pierre... (2)*

Después del desastre de Courtrai, nuevas amonestaciones: la indolencia, la extrema debilidad de Felipe para con los malos consejeros de baja extracción que le rodean, son nuevamente denunciadas:

*Trahiz estes, chacun le pense
Par vos chevaliers de cuisine
Qui sont delez vous au couchier...
De vessie vous font lanterne
Celz qui a droite et a senestre
Sont entor vous; et l'erbe pestre,
Sire, vous font, et de crois pile. (3)*

Más tarde, el autor de la pieza titulada *Un songe* (un sueño) resumía así el reinado de Felipe IV: fué un tiempo en que se cazó:

*Lors chaçoit on mainte guise,
Et mainte grant beste y fu prise:
Juys, Templiers et crestiens
Furent pris et mis en liens...
Partout prenoit on a meemes...
Et le roy qui adonc estoit
De chacier moult l'entremetoit;
Mes de la prise mains avoit
Pour ce que du jeu mains savoit...
De cent sols n'avait qu'un denier. (4)*

Varios textos confirman los que preceden; no hay ninguno que los contradiga. Si Felipe *el Hermoso* pasó, en concepto de sus contemporáneos, por un hombre enérgico y aplicado, esta opinión no ha dejado ninguna huella.

En cuanto á los tres hijos de Felipe *el Hermoso*, que sucedieron á su padre, Luis, Felipe y Carlos, su fisonomía está todavía más borrada. ¿Qué fundamento ha de darse al epíteto de *hutin* (turbulento), aplicado á Luis? Felipe y Carlos eran altos, hermosos, piadosos, afables, prudentes, generosos, al decir de los cronistas. Los informes directos y los detalles faltan en absoluto.

A falta de informes directos, ¿es posible deducir el carácter de esos reyes de sus actos de gobierno? Esto parece natural á primera vista. ¿Cómo admitir que el adversario de Bonifacio VIII haya sido piadoso y hasta supersticioso, ó que el perseguidor de los templarios haya sido un hombre afable y negligente? Tantos acontecimientos trágicos ocurrieron en su tiempo, que indefectiblemente somos llevados á considerar á Felipe IV como un hombre sombrío y feroz. Pero hay que resistir á la tentación de raciocinar de este modo. En efecto, la

(2) «Los recaudadores tienen el dinero, y el rey tiene la fama de cobrar... El Consejo del rey cobra y reparte, y el rey tiene la menor parte... Pero el rey ya no debe ser niño: bastante puede conocer quién le da ó pan ó piedra...»

(3) «Traicionado sois, todo el mundo lo piensa, por vuestros caballeros de cocina que están cerca de vos al acostaros... De vejiga os hacen linterna los que á derecha y á izquierda están á vuestro alrededor; y os hacen paecer la hierba, señor, y de cara cruz.»

(4) «Entonces se cazaba de varias maneras, y varias grandes bestias fueron cogidas: judíos, templarios y cristianos fueron cogidos y puestos entre cadenas... En todas partes se cogía á los mismos... Y el rey que había entonces de cazar mucho se ocupaba; pero del fondo (del juego) menos tenía, porque del juego menos sabía... De cien sueldos no tenía más que un dinero...»

suposición, completamente arbitraria, de que Felipe *el Hermoso* tenía «el alma fuertemente templada,» y de que era «muy firme,» toma fácilmente la consistencia de una verdad demostrada. Y cristalizada en certidumbre, conduce sistemáticamente a ver consecuencia y profundidad allí donde los contemporáneos de los acontecimientos no han visto—con razón, á lo que parece—más que torpezas y desorden (1). Esta suposición hasta ha prevalecido, en el espíritu de escritores modernos, contra documentos positivos: «La estatua colocada sobre la tumba de Felipe *el Hermoso* en Saint Denis, le atribuye, se ha dicho, rasgos severos impregnados de una gran energía.» Pues bien: esta cara ancha y bonachona, barbilampiña, encuadrada de largos mechones de cabello, no es severa ni enérgica. Además, no es cierto que aquella efigie sea un retrato: las estatuas funerarias de Felipe IV, de Luis X, de Felipe V y de Carlos IV fueron ejecutadas de 1327 á 1329 en el mismo taller; son enteramente parecidas; igual actitud, las mismas facciones; «los tres hijos han tenido con su padre, dice M. de Guilhermy, si la escultura dice verdad, un parecido muy tranquilizador» con respecto á la virtud de su madre. El escultor, que empezó esas estatuas trece años después de la muerte de Felipe *el Hermoso*, quizás no lo había visto nunca.

II.—Los familiares de los últimos Capetos directos

Estamos también mal informados acerca de los personajes que desempeñaron los principales papeles en la corte de Felipe *el Hermoso* y de sus hijos: príncipes de la sangre y consejeros.

Ocurrió más de un escándalo en la corte de Felipe *el Hermoso* y de sus hijos, pero no se conocen los detalles. Apenas si puede entreverse que la reina Juana de Navarra, mujer de Felipe *el Hermoso*, tenía protegidos y enemigos; y que hubo focos de intrigas alrededor del rey de Navarra (el futuro Luis X) antes de 1314, y alrededor de Carlos de la Marche (el futuro Carlos IV) antes de 1322. El único príncipe de sangre cuya fisonomía no es absolutamente indefinida es este Carlos de Valois, hermano de Felipe IV, del cual salió la dinastía de los Valois, y que durante cuatro reinados fué por su nacimiento el primero del reino después del rey (2). Carlos de Valois pasaba también por ser un hombre hermoso: era alto y fuerte, con facciones groseras, si es una imagen fiel la estatua que antes estaba colocada sobre su tumba. Se casó tres veces y tuvo catorce hijos, de los cuales diez fueron hembras. Fué candidato á la corona de Aragón, al imperio de Occidente y al imperio de Oriente. Como además era espléndido, siempre estuvo necesitado de dinero y pendiente de los favores de la corona y de la Santa Sede para colocar á sus hijos, sostener su rango y pagar en parte sus deudas. Los

(1) La historia del siglo XIII ha sido largo tiempo falseada por prejuicios de esta clase. Como Luis IX dejó fama de príncipe excelente, se le ha alabado de haber tomado medidas que han parecido conformes al espíritu general (supuesto) de su política, pero que en realidad tienen un carácter muy distinto (véase, por ejemplo, pág. 223). Como Felipe *el Hermoso* dejó la reputación de ser un príncipe innovador y sin escrúpulos, se le ha reprochado de haber inventado una multitud de prácticas (el impuesto ilegal, por ejemplo) que existían antes que él.

(2) J. Petit, *Charles de Valois*, 1900.

afanes por procurarse dinero, de los cuales nunca pudo librarse, más de una vez contribuyeron á determinar su conducta. En tiempos de Felipe *el Hermoso* mandó ejércitos y presidió las negociaciones más importantes; fué un servidor fiel, largamente recompensado, que no promovió ninguna dificultad. ¿Cuáles fueron sus sentimientos con respecto á los ministros de su hermano? Únicamente se sabe que no tenía buena voluntad á Enguerrando de Marigni. En 1310, Carlos permutó su tierra de Gaillefontaine por la de Champrond, perteneciente á Marigni, y fué víctima de un engaño en esta permuta. La insolencia de Marigni le molestó en muchas ocasiones. Después de la muerte de Felipe *el Hermoso*, fué junto con Luis de Evreux, su hermanastro, Guido de Châtillon, los condes de Foix, de Armañac, etc., uno de los grandes señores que maquinaron la caída y la ejecución del favorito. Pero no se apartó por esto de la actitud política observada por él durante el último reinado. En tiempo de Luis X no fué de ningún modo, según se ha creído, «el jefe de la oposición feudal;» no apoyó las ligas de la nobleza; ayudó, por lo contrario, á su sobrino á defenderse contra ellas, y fué uno de sus oficiales favoritos Esteban de Mornai, quien recibió los sellos de Francia. En tiempo de Felipe V aparentó enfadarse, con el único objeto de vender más caros su adhesión y su concurso á un príncipe cuyos derechos no eran evidentes: «Esperamos, le escribía el papa Juan XXII en 13 de diciembre de 1316, que el rey abrirá la mano de sus larguezas á vuestras necesidades; esperamos conducirlo á ese punto con nuestros paternales consejos.» Sirvió y solicitó en tiempo de Carlos IV como había servido y solicitado en tiempo de los tres reyes anteriores. En resumen, Carlos de Valois cobró y derrochó sumas considerables; pero su influencia no fué nunca perturbadora ni profunda; era un hombre mediocre y que tenía muchas hijas para casar.

Algunos descontentos decían, en tiempo de Felipe *el Hermoso*, que el gobierno iría mejor si el rey escuchase más á los grandes señores, á los «prohombres» de entre sus familiares, y no se fiase de esas gentes de nada, abogados, recién ennoblecidos y extraños á la Francia propiamente dicha, que le adulaban y le tenían en cárcel privada. La indignidad de los consejeros del rey y la debilidad del rey con respecto á ellos, tal es el caballo de batalla de todos los polemistas de aquel tiempo y principalmente de Godofredo de París:

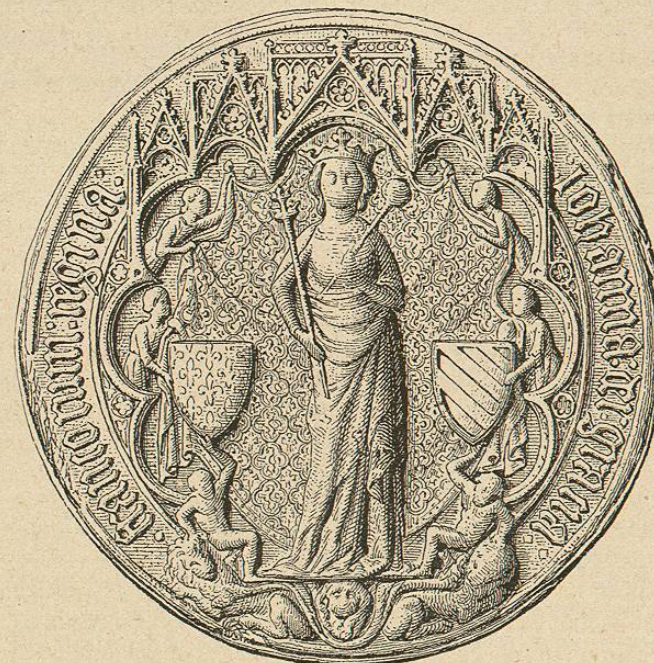
*Le roy si est et dur et tendre:
Dur aus siens et douz as estranges...
France est tornée en servet,
Car François n'y sont escouté
Qui sont nez de lor droite mère;
Il sont au jour d'hui mis arriere... (3)*

No hay duda, en efecto, que Felipe *el Hermoso* tuvo ministros de humilde nacimiento, á quienes no sólo el público, sino que también los príncipes y los papas que les abrumaban con solicitudes y favores, consideraban como omnipotentes sobre el ánimo del rey. Pero ¿cómo llegaron esos hombres al poder? ¿Cómo se condujeron estando en él? ¿Cuál era su carácter? A casi todas estas

(3) «El rey es á la vez duro y blando: duro para los suyos y blando para los extraños... Francia ha vuelto á la servidumbre, porque los franceses no son en ella escuchados, que han nacido de su derecha madre... En el día de hoy son colocados detrás...»

preguntas no tenemos contestación. Es conocida la nomenclatura de los consejeros de Felipe *el Hermoso* y de sus hijos, y se ve bien que algunos de ellos, como Pedro Flote, Guillermo de Nogaret y Enguerrando de Marigni—que fundaron tres de las primeras familias de esta nobleza de origen ministerial, más tarde tan numerosa en Francia,—tuvieron sucesivamente un crédito excepcional. Pero hay multitud de personajes de los cuales no se sabe á punto fijo si fueron agentes de ejecución ó bien hombres de iniciativa, ruedas ó motores. ¿Qué se sabe de Pedro de Chamblí y de Hugo de Bou-

De Flote y de Marigni, que, con Guillermo de Nogaret, estuvieron en primera fila, se guardan cartas y discursos, pero muy pocos para juzgarlos. Pedro Flote fué uno de esos juristas sutiles y violentos de las escuelas de Montpellier y de Alais, impregnados de las tradiciones imperialistas de los glosadores de Bolonia, que el rey Felipe *el Hermoso* fué el primero de los reyes de Francia en enviar á los príncipes del valle del Ródano. El normando Enguerrando de Marigni empezó su carrera en calidad de escudero de Hugo de Bouville; en 1298 era panetero en el palacio de la reina Juana: fué la rei-



Sello de Juana, reina de Francia y de Navarra

ville, los únicos consejeros del rey que son tratados con alguna consideración por Godofredo de París; de Juan de Vassoigne, de Esteban de Suisi, de Pedro y de Esteban de Mornai, de Pedro de Belleperche, de Gil Aicelín, de Pedro de Latilli, de Pedro de Arrablai, de Pedro de Chappes y de Juan de Cherchemont, para no citar más que aquellos que, como Flote y Nogaret, ejercieron las funciones de canciller? Porque escribió unas memorias dirigidas al rey y que se han conservado, el abogado Pedro Dubois pasa generalmente por haber sido un hombre importante; si no hubiera tenido el cuidado de hacérselo saber él mismo, no sabríamos que tenía menos influencia que maese Ricardo Leneveu y maese Juan de la Forêt, cuyos nombres son hoy tan desconocidos. Es difícil de precisar la extensión y la naturaleza de las funciones de las gentes del rey que desempeñaron los papeles principales. Los eruditos reconstituyen á duras penas la lista de las misiones de que estuvieron encargados, de las recompensas que recibieron y de los bienes que adquirieron. Nada más: su fisonomía está, por decirlo así, borrada como la de los mismos reyes. Todos los consejeros de Felipe *el Hermoso* que no dejaron escritos son para el historiador otros tantos enigmas como el mismo Felipe (1).

(1) Casi todos, sin embargo, han sido en nuestros días objeto de monografías: el italiano Musciatto dei Franzesi, á quien se llama

na quien, no se sabe por qué, le puso en camino de prosperar; pero la personalidad sin duda interesante de ese asentista audaz, que supo «todos los secretos del reino» y que gozó de una autoridad sin límites durante los últimos años del gran reinado, no se destaca claramente: todavía se está en el caso de preguntar, como lo hicieron los contemporáneos después de su caída, si fué «ambicioso y ruín,» ó si fué «más desgraciado que culpable.» En cuanto á Guillermo de Nogaret, sus defensas en el asunto de Bonifacio le manifiestan de cuerpo entero. Era de Saint-Felix-en-Lauraguais, cerca de Tolosa, doctor y profesor en leyes; conoció quizás á Pedro Flote, su patrono, y á Gil Aicelín en Montpellier; debutó hacia 1294 como juez real de la senescalía de Beaucaire; vino hacia 1296 á París; tres años después se titulaba «caballero del rey de Francia;» después de la muerte de P. Flote, ocurrida en la batalla de Courtrai, fué durante varios años el alma negra del rey y su

maba «monseñor Mosca,» Pedro de Belleperche, Gil Aicelín, los Mornai, Godofredo de Plessis, y los dos principales colaboradores de Nogaret, meridionales como él, Poncio d'Aumelas y Guillermo de Plaisians. Pero las investigaciones más profundas no han producido otro resultado que reconstituir, bien ó mal, *curricula vite*. La vida de Enguerrando de Marigni ha sido narrada por P. Clement (*Trois drames historiques*, 1857), la de Nogaret por E. Renán (en la *Histoire littéraire*, XXVII, págs. 233 y siguientes) y por R. Holtzmann (*Wilhelm von Nogaret*, 1897).

«hacha.» Pero es inútil esbozar aquí el retrato de este hombre que tanto contribuyó á obscurecer con sus imaginaciones extravagantes, su espantosa retórica y sus brutalidades hipócritas, la memoria de su rey y el tiempo en que vivió. Vale más darlo á conocer por sus obras.

Vamos á ver cómo se condujeron él y los demás en los grandes episodios que se destacan sobre el fondo obscuro de la historia de Francia desde fines del siglo XIII.

CAPÍTULO II

FELIPE EL HERMOSO Y BONIFACIO VIII (1)

I. Felipe *el Hermoso* y los predecesores de Bonifacio. Advenimiento de Bonifacio.—II. La primera desavenencia entre Felipe y Bonifacio.—III. Orígenes de la segunda desavenencia. La ruptura.—IV. El caso de Bernardo Saisset.—V. La segunda desavenencia hasta noviembre de 1302.—VI. La segunda desavenencia desde noviembre de 1302 hasta junio de 1303.—VII. El atentado de Anagni.—VIII. El epílogo de la desavenencia en tiempos de Benedicto XI y de Clemente V.

El episodio capital de fines del siglo XIII y de los primeros años del siglo XIV fué esa trágica «desavenencia» entre Felipe y Bonifacio, que puso la Iglesia de Roma á merced del rey de Francia.

Gracias á su unión con los Capetos, los papas habían podido completar la teoría de la autoridad suprema de la Santa Sede sobre las Iglesias nacionales, principalmente sobre la Iglesia de Francia, y luchar con éxito contra sus adversarios en Italia. Desde Inocencio III la curia romana había siempre tratado con miramiento á los reyes de Francia, quienes, por su parte, no habían discutido á fondo sus pretensiones teóricas. Pero había

(1) La historia de las desavenencias entre Felipe *el Hermoso* y Bonifacio VIII, de las cuales se puede ahora hablar tranquilamente, ha sobrecitado las pasiones por espacio de mucho tiempo. Galicanos, jansenistas, ultramontanos, se han echado mutuamente, en épocas anteriores, los documentos á la cara. Esos documentos están en el Tesoro de las cartas de Francia (J. 478-493 y J. 968-909, JJ. 29, etc.) y en los archivos del Vaticano. El galicano Pedro Dupuy, que clasificó las gavetas del Tesoro, publicó (bastante mal) en 1655, en su *Histoire du différend d'entre le pape Boniface VIII et Philippe le Bel, roi de France*, la mayor parte de los documentos más interesantes de los archivos reales. Los registros de Bonifacio VIII, conservados en los archivos del Vaticano, están en vías de publicación gracias á los cuidados de la Escuela francesa de Roma. Véanse también los textos publicados por Kerwyn de Lettenhove, *Études sur l'histoire du XIII^e siècle*, sin fecha. El libro de P. Dupuy, el de A. Baillet (*Histoire des démêlés du pape Boniface VIII avec Philippe le Bel*, 1718), son apasionadamente hostiles á Bonifacio. En nuestros días Bonifacio ha encontrado apologistas; el principal es dom Tosti (*Storia di Bonifacio VIII e de' suoi tempi*, 1846), MM. E. Boutaric, E. Renán (en la *Histoire littéraire*, tomo XXVII, 1877, consúltese la reimpression titulada *Études sur la politique religieuse du règne de Philippe le Bel*, 1899), A. Malmström (*Fjortonde århundradets första Kulturkamp*, Lund, 1882), F. Rocquain (*La cour de Rome et l'esprit de Réforme avant Luther*, tomo II, 1895), y A. Baudrillart (*Des idées qu'on se faisait au XIV^e siècle sur le droit d'intervention du Souverain Pontife dans les affaires politiques*, en la *Revue d'histoire et de littérature religieuses*, 1898), son hasta ahora los últimos historiadores de la querrela. Pero M. G. Digard, uno de los editores de los registros de Bonifacio, ha consagrado largos años á preparar una obra que aparecerá próximamente con este título *Philippe le Bel et le Saint-Siège*, y ha tenido la bondad de participárnoslo cuando estaba en prensa el presente capítulo.

cierto peligro para la Santa Sede si un papa, olvidando las condiciones de su frágil omnipotencia, llevaba con escándalo al terreno de los principios la cuestión de su supremacía, que se había hasta entonces sobrentendido de común acuerdo. Se exponía á ver que se le disputaban derechos cuyo ejercicio se había permitido á sus predecesores, y á desencadenar la reacción que se anunciaba en todas partes (2) contra la hegemonía política y financiera de Roma. Esto fué lo que sucedió al papa Bonifacio VIII, cuyo orgullo eminente atrajo el rayo, en tiempo de Felipe *el Hermoso*, sobre la institución romana.

I.—Felipe el Hermoso y los predecesores de Bonifacio. Advenimiento de Bonifacio

Cuando Felipe *el Hermoso* subió al trono, el papa era un romano, Honorio IV, fiel á la política conciliadora de sus predecesores y á la alianza francesa. En febrero de 1288, el hermano Jerónimo de Ascoli, general de los franciscanos, le reemplazó con el nombre de Nicolás IV, y en 25 de septiembre de 1288 concedió al rey de Francia una décima por tres años, con la condición de retirar sobre el producto de la misma doscientas mil libras para la Santa Sede, y fortaleció el partido francés en el Sagrado Colegio, dando entrada al dominico Hugo Aicelin, hermano de Gil Aicelin y uno de los clérigos del rey. En marzo de 1290 envió á París dos legados, á quienes en sus cartas credenciales llama «amigos pacíficos y leales de Francia», *regni Francie pacifici zelatores*; uno de ellos era Benito Gaetani, cardenal de San Nicolás *in carcere Tulliano*, futuro Bonifacio VIII, que ya, veinticinco años antes, en el momento en que se preparaba la expedición de Carlos de Anjou, había acompañado á Francia al cardenal de Santa Cecilia.

Benito Gaetani y su colega estaban provistos de plenos poderes para apresurar las negociaciones entre Francia, Inglaterra, Aragón y el Imperio, en vista de la paz general; para reparar los agravios hechos en Chartres, en Poitiers y en Lyon por los oficiales del rey á personas eclesiásticas (3); y para incoar una información sobre las quejas de los prelados contra la autoridad real. Se celebró, al efecto, una asamblea del clero, desde el 11 hasta el 29 de noviembre, en Santa Genoveva de París, bajo la presidencia de Benito; y en ella se redactaron las memorias que motivaron la Ordenanza real de 1290 sobre los privilegios de la Iglesia. Pero había co-

(2) En Alemania y en Inglaterra lo mismo que en Francia. A. Gottlob, obra citada, págs. 135 y siguientes.

(3) Los conflictos entre las gentes del rey, por una parte, y por otra el obispo de Poitiers y los cabildos de Chartres y de Lyon habían motivado, desde el principio del reinado de Felipe *el Hermoso*, varias apelaciones á la curia de Roma. Se conserva una memoria que fué presentada á Nicolás IV, en otoño de 1289, en nombre del rey, relativamente al asunto de Chartres; la factura es libre, impertinente; mucho tiempo antes de empezar la desavenencia, anuncia ya la desavenencia: «Nuestro Santísimo Padre ha tenido, sin duda, piedad de nuestra mucha juventud. Nos ha expuesto en sus cartas de qué manera, con respecto á algunos, lesionamos los derechos y las franquicias de la Iglesia de Chartres. Es para nos gran motivo de júbilo ver que, cuando de nos se trata, pone más solicitud en atender á nuestra corrección, por una simple sospecha, que cuando se trata de los demás reyes...» Y más lejos: «Fué buen profeta el pobre truhán de nuestro reino que dijo: «Las exacciones de los clérigos no cesarán hasta que habrán extinguido la adhesión de los franceses.»

rrido el rumor de que el principal objeto de la misión de los legados era revocar solemnemente la bula de Martín IV, *Ad fructus uberes*, que, desde hacía nueve años, levantaba en la Universidad de París y en todo el mundo clerical apasionadas protestas. La bula *Ad fructus uberes*, de 13 de diciembre de 1281, había puesto el colmo á la irritación del clero secular, ó nacional, contra el clero regular, ó romano, concediendo á los religiosos de las órdenes mendicantes el derecho de confesar, de predicar y de enterrar sin la autorización de los obispos (1). Bajo el pontificado de Martín IV, al advenimiento de Honorio IV, al advenimiento de Nicolás IV, había habido en Francia campañas enérgicas contra «la bula,» pero sin ningún resultado. Los seculares, reunidos en Santa Genoveva, en 1290, esperaban obtener una satisfacción. Sin embargo, llegó el día fijado para el cierre de la asamblea, y los legados no habían dicho nada acerca de este punto. Entonces Guillermo de Macón, obispo de Aniéns, que poco tiempo atrás había estado en Roma para reclamar, en nombre de la Iglesia de Francia, contra el privilegio de los religiosos, exclamó: «Monseñor Benito, habéis recibido de la Santa Sede el poder de revocar el privilegio.» Benito Gaetani respondió irónicamente: «Obispos, hermanos míos, os recomiendo á monseñor Guillermo, vuestro procurador aquí presente. Se ha dado mucho trabajo en la corte de Roma contra la bula y no ha conseguido nada; y ahora quiere recobrar lo perdido. Está consumido, ya lo veis, por los desvelos y por el gasto. Pero yo os lo debo decir: hemos venido, no para revocar, sino para confirmar el privilegio contra el cual reclamáis. El único miembro sano de la Iglesia son los hermanos de las órdenes.» Después añadió: «Los amos de París se toman la libertad de interpretar un privilegio del papa. Suponen sin duda que la corte de Roma lo ha concedido sin deliberarlo maduramente. Pero la corte de Roma tiene pies de plomo, para que lo sepáis (2).»

Nicolás IV, que se servía ordinariamente del cardenal Benito, no tenía, sin embargo, el carácter tan áspero. Habiéndole el rey hecho pedir, en diciembre de 1291, una nueva décima por seis años, encubrió su negativa con toda suerte de precauciones, de protestas y de excusas. Felipe hubiera insistido, sin duda, pero la muerte del papa, ocurrida en abril de 1292, sacó á Nicolás IV de aquel apuro.

Se dió entonces el deplorable espectáculo de una elección pontificia. El Sagrado Colegio estaba dividido en dos bandos, el de los Orsini y el de los Colonna. Durante varios meses, en Roma consumida por el sol y por las fiebres, se agitaron los partidarios de estas dos familias; corrió la sangre. En octubre de 1293, los cardenales se retiraron á Perugia. Allí eligieron, en verano de 1294, á un campesino de los Abruzzos, Pedro, anciano sencillo y de pocos alcances, que vivía en una ermita situada en la cumbre del Monte Majella, cerca de Sulmona, y que pasaba por ser un santo. Esta elección romántica, que excitó el entusiasmo de los místicos y el asombro de los políticos, no resolvió nada. El pobre ermitaño de Monte Majella, transformado en Celestino

(1) Véase libro III, cap. III, párrafo primero.

(2) En 1290 se publicó una reseña detallada de la asamblea de Santa Genoveva por H. Finke en la *Römische Quartalschrift*, IX, 1895, pág. 171. Consúltese *Journal des Savants*, 1895, pág. 240.

no V, cayó en la dependencia de Carlos II, el rey angevino de las Dos Sicilias, quien le hizo nombrar doce nuevos cardenales, de ellos siete franceses y tres napolitanos, y que, en lugar de escoltarle hasta Roma, lo instaló en Nápoles. Tuvo el vértigo; su dignidad, de la que había sido repentina y milagrosamente revestido le causó horror. Se dijo que Benito Gaetani (cuyo papel en Roma, en Perugia y en Nápoles, durante los dos años que siguieron á la muerte de Nicolás IV, fué sin duda tan activo como obscuro) no descuidó nada para disgustarle de su cargo (3). En diciembre, Celestino V abdicó, de grado ó por fuerza, y algunos días después fué elegido en su lugar el cardenal Benito, que tomó el nombre de Bonifacio VIII.

El nuevo papa, oriundo de Anagni, había sido canónigo de Todi, abogado consistorial, después notario apostólico. Por su madre, de la familia de los Conti, era sobrino de Alejandro IV. Había sido criado en la curia, y mezclado toda su vida en las grandes cuestiones profanas de la Santa Sede. En ellas se había enriquecido; con sus economías había adquirido en el país de los Volscos, alrededor de las tierras patrimoniales de su familia, la gran propiedad de Selvamolle. La edad no había atenuado la violencia de su carácter, que le hacía expresar á veces, sin cuidado del qué dirán, conceptos exagerados y atrevidos. Es enteramente improbable que fuera materialista, blasfemador y despreciador de las creencias y de las virtudes comunes, como lo han querido presentar sus enemigos. Pero no tenía modestia, ni moderación, ni sangre fría. Varias personas que le conocieron decían que pasaba á veces horas enteras completamente solo, y que se oían á través de las paredes sus monólogos apasionados. El poeta franciscano Jacopone de Todi, «el juglar de Dios,» que, como todos los idealistas de su orden, no se consoló nunca del «gran desprecio» de Celestino, dijo de Bonifacio VIII que se deleitaba en el escándalo como la salamandra en el fuego. Era un hombre de acción, imperioso, positivo, que desdeñaba igualmente á los razonadores y á los místicos. Llevó con la mayor energía el asunto de la supresión de su predecesor, aún á riesgo de asustar á las buenas almas.

Pedro, ermitaño de Monte Majella, que había huído á Pulla, de donde había tratado de pasar á Grecia, habiendo sido cogido y entregado por un oficial de Carlos II, fué encerrado en un castillo de Campania, donde murió en la primavera de 1296. Bonifacio se hizo consagrar en la basílica de San Pedro con una pompa inusitada, rodeado de los representantes de la nobleza romana, Orsini y Colonna. Ningún príncipe protestó contra esos acontecimientos hasta entonces inauditos: la abdicación de un papa, cuyo solo crimen era ser un santo, y la entronización fastuosa de un papa que tenía á su predecesor en la cárcel y que anulaba todos sus actos. Felipe *el Hermoso* y los Colonna no pusieron en tela de juicio la legitimidad de los poderes de Bonifacio más que después de muchos años de obediencia, cuando riñeron con él.

(3) El pontificado de Celestino V ha sido recientemente objeto de trabajos que se han reunido en un volumen titulado: *Celestino V ed il VI centenario de la sua incoronazione*, 1894. Consúltese H. Schulz, *Peter von Murrhone*, en la *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, 1896 y 1897.